

con el título de *Elogio patriótico que pronunció el Ciudadano Juan Francisco de Azcárate el día dieciséis de Septiembre del año de mil ochocientos veintiséis, en la plaza mayor de México, á presencia del Exmo. Sr. Presidente de la República Federal Mexicana, por nombramiento de la Junta cívica, reunida en esta capital con el preciso objeto de celebrar, con la debida solemnidad, el segundo aniversario del grito de independencia que dieron los primeros héroes de la nación el día dieciséis de Septiembre de mil ochocientos diez* (México, imprenta del Aguila, dirigida por José Ximeno, 1826). (1)

Daremos fin á esta nota biográfica insertando esta pieza oratoria:

«¡Con cuánto placer la nación mexicana recuerda en este día el entusiasmo patriótico que se propaga por esta región septentrional el 16 de septiembre del año de 10, al resonar la voz de ser llegada la hora en que recobre los imprescriptibles derechos de su soberanía! Mexicanos: el gozo que resplandece en vuestros semblantes denota el de vuestros corazones y forma el germen de los sentimientos magnánimos con que contribuís al bien general de la república. Imitáis á las naciones que nos antecedieron, los dos pueblos más poderosos que refieren los anales de los tiempos, los griegos y los romanos, que prefijaron las fiestas cívicas para presentar á sus ciudadanos las virtudes de sus mayores, aquellos héroes á quienes parece que el cielo privilegió para emprender los hechos más maravillosos, á fin de que tuvieran siempre modelos de perfección que imitar.

«Ellas fueron el campo en que el honor cultivó la semilla de la emulación, cuyo fruto es el espíritu público, ese resorte de tanto poder que elevó sus repúblicas al grado de la mayor opulencia, constituyéndolas sabias, fuertes, poderosas, y llevó la fama de sus

(1) Existe en la Biblioteca Nacional, pág. 227 del catálogo de la Octava división.

nombres hasta las regiones más distantes. Esto será la mexicana federal, por las virtudes cívicas de los clarísimos varones, héroes insignes é ilustres americanos Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo y Balleza, honor y gloria de nuestro suelo.

«¿Qué talento, por sublime que sea, podrá formar dignamente el elogio de unos héroes que, viendo la abyección de su patria, inflamados por el fuego sagrado del patriotismo se resuelven á libertarla reponiéndola al antiguo rango de su poder soberano? Empresa digna de inmortal renombre, que perpetuará para todos los tiempos su gloriosa resolución. En las primeras convulsiones políticas de la España, acaecidas el año de 8, esparcimos esta semilla yo y los sabios Verdad y Tagle el padre, sin más efecto que el de nuestra ruina. ¡Dios eterno, te dignaste conservarme la vida para ocupar, en este día, lugar tan preeminente, rodeado de mis conciudadanos y amigos; y en el que fuí ultrajado el 16 de Septiembre de ese año (1) atravesando esta hermosa plaza escoltado de guardias que me condujeron al sepulcro de una prisión! Ya olvido los males que experimenté, las miserias que sufrí; y mi voz se reanima para anunciaros, mexicanos, que si queréis conservar el gobierno republicano federal que adoptasteis, ser felices y hacer respetable el nombre y poder de la república, es preciso que como los héroes, cuyas virtudes aplaudimos, sos-

(1) En este día fué la prisión del virrey D. José de Iturrigaray, á quien se separó del mando por su afecto á la América y á los americanos: fuimos presos el Lic. Verdad y yo, por haber promovido, en unión de D. Francisco Tagle, como regidores del ayuntamiento, el sistema de la soberanía popular. Murió Tagle de resultas de una cólera que tuvo con un oidor, Verdad en la prisión, y yo me enfermé de epilepsia, por la que salté del sepáro que sufrí sesenta días con centinela de vista; y permanecí arrestado en mi casa tres años once días, subsistiendo á expensas de mis amigos y otras personas caritativas, á quienes dedico este recuerdo de gratitud. (Nota del autor.)

tengáis con valor su independencia y libertad, y permanezcáis unidos en una sola opinión.

«El amor á la patria, ese afecto del alma racional, que eleva al hombre sobre su ser mismo, haciéndole emprender hechos famosos y sobreponerse á los peligros sin reparar en sus propias desgracias, dirigió á los primeros autores de la independencia. No los anima su personal interés, ni el de sus mujeres, hijos y parientes; no mejorar la suerte de los lugares en que vieron la luz; no adquirir riquezas, honores ó empleos; no, mexicanos, solo tuvieron presente salvar á la patria de la esclavitud en que gemía. Realizan el proyecto sabiendo que entre lograrlo y perecer no hay medio: hablan, y en el instante los pueblos responden enardecidos anuentes á su voto: la guerra comienza: ¡pero adónde me arrebatava mi fantasía! ¿Podré acaso ponerme á la vista, aunque sea en miniatura, los efectos prodigiosos de esta explosión patriótica, que se hizo resentir por todo el Anáhuac? ¿Omitiré recordar los desastres ocurridos, tan atroces, con que los tiranos quisieron más bien destruirlo y aniquilarlo todo, que ceder en un sólo ápice á su abominable dominación?

«Caen desplomados los pueblos y las haciendas: un instante basta para deshacer lo que fué obra de siglos. Incendios, asesinatos, robos; lo más horrible, lo más cruel y tirano son los medios que se ponen en práctica para continuar el despotismo de un gobierno absoluto, dando esta prueba de cobardía. Sus tropas á la manera de la langosta devoran cuanto miran: corre la sangre por las poblaciones y los campos: la muerte y la rabia asolan las provincias; más su semblante feroz no espanta á los que, impávidos, á su vista misma ratifican la decisión general. Todos pretenden ocupar las primeras filas; las segundas se disputan el honor de reemplazar el lugar de los que perecen sosteniéndolas, y pelean denodados hasta vencer ó

morir. En el patíbulo se inmola á centenares las víctimas: ¿qué familia no cuenta alguna sacrificada en la sangrienta y pavorosa ara de la tiranía? Fueron más terribles que el rayo y el terremoto los mandarines españoles Calleja, Cruz, Arredondo, Trujillo, Ordoñez, Concha, monstruos de crueldad, que nunca se saciaron con la sangre de los mexicanos; pero, al paso que su furor se aumenta, el tesón por la independencia crece de un riesgo en otro, y es mayor mientras más empeñados son los peligros. Sin diferencia de edad todos quieren sea la patria libre y no esclava, denotando en el sufrimiento su valor; las mismas madres ponen en la mano á sus hijos el sable, y con ojos enjutos les dicen como las espartanas: *ó victoriosos ó muertos.*

«Ni aun la fatal desgracia de la decapitación de los padres de la independencia entibia vuestro ardimiento, mexicanos: se aumenta como la llama con el pábulo: nuevos jefes toman á su cargo la dirección de la guerra por todos rumbos; consiguen victorias considerables: se apoderan de grandes territorios, y reducen á los déspotas al mayor de los conflictos. ¡Morelos, Matamoros, Galeana, Ortiz, García, vosotros, genios singulares, obrasteis maravillas en Oaxaca, en Cuautla, en el Sur, en los Llanos de Apam y en el Bajío: sean vuestros hechos perpetuos en la memoria de los mexicanos; y vuestras sombras respetables se complazcan con la felicidad de que goza la república! Y cuando las vicisitudes de la guerra cambiaron la medalla, ¿el incansable y valiente Guerrero no la sostiene sin ceder en las alturas de la tierra caliente?

«No fueron solas las armas á las que apela el gobierno español para hacer la guerra, se prevale de la opinión moral y la religiosa. Incita á las corporaciones y prelados á que persuadan las utilidades de continuar la unión anterior de españoles y americanos: esparce sus escritos en que reluce el artificio de una

obediencia forzada, sin embargo de no creerlos bastantes para contener la revolución: confía únicamente el buen éxito en el tribunal que tenía por oficio aprisionar el entendimiento, y mantener la ignorancia con el pretexto de conservar la religión. No se engaña: anatematiza á Hidalgo, declarándolo hereje. ¡Terrible abuso de despotismo inquisitorial! ¿Acaso la dominación de los reyes de España era artículo de fe, ó la religión se puede hacer materia de estado? ¿Qué? ¿confundir lo que es de Dios con lo que pertenece á la nación puede dimanar de la doctrina del divino Salvador?

«No surten efecto estos ardidés: los mexicanos saben distinguir la pureza del dogma del abuso de la autoridad; fieles al primero se desentendieron de lo segundo. La iglesia nada tiene que ver en las disensiones civiles: «mi reino no es de este mundo» dijo Jesucristo; y ya no estamos en los siglos oscuros como aquellos en que, tirando Roma una línea sobre la esfera, dividió el territorio que se llamó Indias entre los Reyes de España y Portugal; ni se cree dependa del poder sacerdotal repetir la donación de Alejandro VI. Entre el ruido de las armas se impusieron los mexicanos en los derechos que por la naturaleza les competen como á hombres; y en que la iglesia católica, que únicamente trata de la salvación de las almas, se acomoda á todos los gobiernos, sin tocar á la potestad temporal, siendo este uno de los caracteres de su santidad.

«Refiero estos males no para renovar las sensaciones odiosas que causaron: la generosidad mexicana los tiene olvidados: lo hago como el cautivo que relata las penas que sufrió en la mazmorra, únicamente para más complacerse en los bienes que consigue al mirarse libre. Fueron muchos los que dimanaron del valor impertérrito de los primeros héroes mexicanos. Sin saber el arte de la guerra, peleando con los que les eran superiores en conocimientos, aprendieron á

hacerla, como los rusos lo consiguen batallando con los suecos, dirigidos por el Marte de su siglo, Carlos XII: ignorando la arquitectura militar y la fortificación, presentaron en Cóporo, Jaujilla, Jalpa, Cuautla, San Gregorio, etc., lugares fortificados en los que se estrelló diversas veces la furia que los combate. La caballería se hace invencible. Fabrican armas, funden cañones, elaboran pólvora, discurren emboscadas, sorpresas, y se hacen maestros en todos los ardidés y astucias destructoras: en conflictos tan terribles se forman los generales que tanto honran á la república. Finalmente se imponen y saben, porque la experiencia les enseña que la nación que quiere ser independiente lo es, porque la mexicana lo fué luego que lo resuelve. ¿Y todas estas ventajas á quiénes las debemos? Confesamos gustosos que á los héroes que en este día dieron la voz de independencia.

«Conseguida ya, y hallándose la república en estado tan floreciente ¿deberán los mexicanos dejar las armas y entregarse al descanso, como lo hace el labrador después de alzada la cosecha para disfrutar con quietud de la abundancia debida al sudor de su rostro? No, aún no es tiempo. La caduca, parálitica é impotente España no sobrelleva con paciencia nuestras glorias: el oro y las riquezas que llamó suyas excitan más su avaricia en el tiempo de su laceria. Destituída de fuerzas, sin armada, sin dinero, ni los demás recursos, desconfiando de sus tropas por tener muy presente el suceso de Cádiz, mendiga auxilios de las potencias de primer orden. Hace ofertas de desmembraciones de este suelo; sus agentes propalan tener secuaces en nuestro seno, todo lo facilitan y allanan: se prevalecen del sistema del absolutismo, y esperan ser escuchados.

«Semejantes recursos son tan estériles como miserables. Las naciones pensadoras ven que la mexicana les ha abierto otra puerta menos costosa y más lucra-

tiva, cual es la del comercio: ven que las relaciones pacíficas son las más propias para aumentar sus intereses, adquiriendo los artículos preciosos que la Divina Providencia exclusivamente consignó á esta tierra feraz; y así es de creer prefieran los medios á la amistad; pero ¿qué conseguirían si, abandonándolos, resucitasen las ideas góticas de conquista, y la auxiliasen con armadas y ejércitos? ¡Ah! encontrarían únicamente su sepulcro en las costas!

«La naturaleza las defiende con impenetrables arrecifes, calas cortas, grandes bancos, terribles escollos y puertos desacomodados: el sol, desde su órbita, con sus rayos abrasadores; la atmósfera con una temperatura destemplada; la fiebre amarilla ó vómito negro, y la calentura con el cáncer; el comején, el mosco, la gárrapata y otros insectos también las guarnecen con su aguijón: mas cuando se libertaran de tantas inclemencias, ¿encontrarían ahora con tropas débiles como las de Tabasco, las de Tlaxcala y las de Cholula á quienes destrozó el aventurero Cortés? ¿No tendrían que pelear con tantos soldados valerosos que se les presentarán frente á frente: soldados que á pecho descubierto se lanzan sobre el cañón y la bayoneta: soldados que han resuelto morir antes que dejar de ser libres y que deje de existir la república? Sí, mexicanos, vuestra decisión, vuestro valor, y la fortaleza de vuestros brazos es su mejor esperanza; permaneced armados para evitar toda sorpresa, y decid: existe y existirá la república en todo el esplendor de su gloria por nuestro esfuerzo, que se dedicó á copiar el patriotismo de los primeros héroes mexicanos, hombres insignes á quienes el cielo concedió una suerte feliz para alcanzar la sublimidad de concebir y de emprender grandes hechos y llevarlos á efecto con el sacrificio de su propia existencia.

«No es la fuerza armada el principal sostén de las naciones: la moral es el zócalo en que descansa el edi-

ficio político. El poder de la opinión es el mayor, que obra siempre de un modo irresistible. Disipa los ejércitos, abre las puertas de las fortalezas más inexpugnables, destruye las leyes, arruina las repúblicas, los reinos y los imperios; así como por el contrario cuando es una, constante é invariable, todo lo hace eterno. No hay suceso prodigioso de que no haya sido el resorte principal: la historia, en los diversos cuadros que presenta de las vicisitudes humanas, manifiesta también cuáles han sido las que ella padeció. Volved, mexicanos, la vista al Norte de este continente y hallaréis que sus diversos estados soberanos componen una gran república federal, que á los cincuenta años de su erección es sabia, poderosa, rica, comerciante, marítima, industriosa, respetada y temida. Si le preguntáis por la causa que la hizo floreciente con tanta rapidez, responderá: lo debe á la opinión, porque *con la concordia se engrandecen los estados pequeños, y la discordia destruye aun á los mayores.* ¿Qué quedó del dilatado, poderoso imperio de Moctezuma, por la discordia? Lo que de las repúblicas griegas y romana, sólo la memoria de que existieron.

«El pacto social, la cadena de oro que suavemente liga á los hombres en solicitud de su propio bien, ¿qué otra cosa es sino la convención tácita de todos los que viven bajo un gobierno, en virtud de la cual están obligados á concurrir y á contribuir con igual ardor á la felicidad común? ¿Y la ciudadanía no es también la obligación invariable del hombre, de ser útil en cuanto le es posible al estado de que es miembro, ya eligiendo para los destinos, ó ya siendo elegido para ellos? Extremos tan útiles son los puntos en que se apoya el eje sobre que gira la república mexicana federal: la opinión de los individuos que la componen debe ser una, y totalmente dedicada á su bien y á su engrandecimiento.

«Si en todos los tiempos es preciso sea una é indivisible,

lo es mucho más en los principios de su organización. Los cuerpos morales á semejanza del natural tienen su niñez, su juventud y su ancianidad. La primera de estas épocas es la más deleznable. El cielo exceptuó de este peligro á la nación mexicana, por circunstancias que difícilmente se reunirán en otra: desplegó su energía y poder desde que por su propio esfuerzo se elevó al rango de la soberanía.

«Los potentados del continente europeo se asombran al saber los pasos gigantescos con que camina á su mayor exaltación. Han visto que la virtud santa de la libertad eligió para su morada el hermoso hemisferio de Colón; que su poder lanzó de su asiento á la tiranía, é hizo abrir los ojos á los hombres, estimulándolos á gustar del mayor de los bienes. Conocen que la abundancia y la felicidad la acompañarán siempre, porque son el fruto del orden, de la sabiduría, del tesón y del trabajo. Saben que sus estados se desplomarán: el mortal, á quien crió libre la naturaleza, siempre apetece y quiere serlo. Lloran ya anticipadamente la destrucción de su opulencia, de su vanidad y de su orgullo: la aniquilación de sus talleres y fábricas, la de su comercio, la de las ciencias, la del primor y la del gusto; porque todo va á trasplantarse á este suelo feraz y rico. Pero lo que más les affige es la consideración de que la república mexicana, por la localidad de su territorio, tiene en su mano trasladar sus relaciones comerciales á otras regiones para privarlos del goce de las riquezas en que abunda.

«Deseosas de precaver su ruina, han resuelto, allá en sus congresos tenebrosos, substituir á la libertad el absolutismo: negar á los pueblos el derecho de gobernarse por sí mismos, y establecer ese sistema despótico en las cuatro partes del universo. No lo ejecutarán con las armas como en el Piamonte, Nápoles, España; pero sí se valdrán de la intriga, de la seducción y del prestigio. Los medios no son calculables:

¿quién puede numerar los de la malicia y el interés? Procurarán sus emisarios y adictos dividir la opinión general, y ponerlo todo á sus pies, para cantar el triunfo sobre las ruinas de las repúblicas americanas.

«Es necesario por lo mismo estar alerta para no caer en el lazo: desechar toda idea de división, rodear al gobierno con la muralla impenetrable de la opinión general para sostenerlo: así será eterno, feliz, y lo será la república. Si tiene defectos, su sabia constitución señaló la época en que deberán corregirse, después que la experiencia haya convencido la necesidad. Si los agentes del poder salen de sus órbitas, las leyes señalan el modo de contenerlos; y los patriotas ilustrados, por medio de la prensa, declamarán de un modo decoroso y digno hasta extinguir los abusos.

«Haced lo mexicanos! lo que ejecutaron en su respectivo caso los padres de la independencia. Afirmando en su opinión, la publicaron y sostuvieron hasta sellarla con su sangre. Vosotros estáis gozando el fruto de aquel primer impulso, sin el cual gemiríais aún abismados en la esclavitud. ¡Cuán dignos son de vuestro agradecimiento los que os mostraron la senda de la libertad! Imitadlos con más empeño ahora que poseéis todos los elementos de la prosperidad que criaron, llevando, en lo posible, á la mayor perfección su proyecto, sacrificando su vida para conseguirlo.

«Un congreso, tan ilustrado como justo, os dá leyes; un presidente, patriota y ensayado en las adversidades, desempeña el poder ejecutivo de un modo paternal; la suprema corte de justicia da pruebas realzadas de actividad y entereza; los ministros cumplen con la mayor exactitud las leyes; los congresos de los estados federales los hacen florecientes; las autoridades y empleados llenan sus deberes; el ejército, perfectamente equipado y armado, lo componen generales expertos, oficiales pundonorosos y soldados valientes, que han jurado sacrificar sus vidas por defender á la república;

la marina, aunque naciente, se hace respetar; el comercio progresa, la agricultura prospera y la industria en su tanto crece; la minería proporcionó la entrada de más de diez millones, que invierte la especulación extranjera en el laborío de diversos de los minerales conocidos por la riqueza de sus metales; la educación pública recibe mejor método y las ciencias anuncian adelantamientos prodigiosos; las relaciones de amistad con la Inglaterra, que es el baluarte inexpugnable de la libertad y la primitiva fuente de ella, son particulares y terminarán en el reconocimiento de la independencia: la han reconocido ya las repúblicas del Norte-América y las del Sur; no hay división de conceptos, todos piensan de una misma manera, y su interés termina al mayor bien de la república.

«¡Ah! qué campo tan espacioso se os presenta, mexicanos, para dar á conocer los sublimes quilates de las virtudes y dotes que os distinguen. Centenares de millones de hombres, los pueblos, las naciones, el universo todo están pendientes de vuestros proceder. No tienen otra esperanza los que gimen oprimidos bajo el yugo del despotismo, que los progresos de vuestra felicidad. Convierten sus ojos á estas regiones y se dicen á sí mismos: allí residen la libertad, el patriotismo, la abundancia y la felicidad; cada república es un templo en donde esa deidad recibe el homenaje purísimo de los votos de los hombres libres, que, reintegrados en los derechos que la naturaleza les concede, pueden todo lo que las leyes no les prohíben: de ellas se deriva el bien de la especie humana ultrajada por los tiranos. ¡Dios omnipotente, Señor del tiempo y de la eternidad, bendice para siempre á los que te has dignado concederles tanto bien, para que, así como supieron sacudir el yugo ominoso de la esclavitud, prosigan unidos en una opinión á completar la escala de su engrandecimiento, presentando á los demás pueblos la ruta que deben seguir!

«Después aplauden la preferencia que el congreso de Panamá hizo de la mexicana para trasladarse á su territorio, en el cual logrará la seguridad que le es tan necesaria por lo sano del clima, y estar exento de toda interpretación hostil de los enemigos de su existencia la España y sus aliados. La coalición celebrada entre las repúblicas americanas, que pondrá en olvido la de Grecia, recibirá el apoyo de que necesita, sus órdenes se cumplirán con la rapidez del relámpago; y en todo evento tendrá el celo de la nación rica que, extendiendo sus brazos sobre el Océano Atlántico y el Meridional, ostenta su grandeza y su poder.

«Ved, mexicanos, cómo este día augura el porvenir supremo de las mayores dichas que disfrutaréis. ¡Qué! ¿No sentís en este momento en vuestros corazones las efusiones tiernísimas del espíritu público y las del patriotismo, al ver los objetos que tenéis presentes, esos objetos que han arrebatado vuestra preferente atención? Acercaos á gozar de las delicias que manan de la caridad pública; y ved cómo la mano piadosa del digno presidente de la república premia con dos onzas de oro á cada uno de los tres niños que el año pasado tomó bajo su protección, por los adelantamientos que han hecho en los primeros rudimentos de su educación, y manifestaron en el examen que tuvieron el día diez en la sala capitular del Ayuntamiento, supliendo de este modo los oficios de sus padres, que murieron por el bien de la patria. Igualmente socorre con cien pesos á cada una de las diez parientas que la suerte señaló y han probado serlo de los héroes de la independencia. A esas siete africanas que, sacadas de su país natal, gemían en la esclavitud en medio de una república libre, hoy las restituye al goce de su libertad, desagraviando casi á la naturaleza, y siguiendo las huellas de todas las naciones sabias. Y esos veintidós valientes patriotas, que en el campo del honor batallando con los tiranos obraron hazañas prodigiosas, llevando en

sus heridas y estropeamientos la mejor hoja de servicios, ¿no veis cómo los auxilia poniéndoles en mano una onza de oro para acudir á sus urgencias? Los cincuenta y seis niños y veinte niñas que vestidos de un todo completan el adorno de este acto munificentísimo, ¿no comprobarán siempre el desvelo con que el gobierno mira á la juventud, el almacigo precioso de ciudadanos, auxiliándolos y protegiéndolos en los momentos en que no pueden valerse por sí solos?

«Son pequeñas muestras; pero que indican lo que hará la república en el tiempo de su mayor engrandecimiento: son las que pudo discurrir la junta de ciudadanos encargada de la dirección de tan plausible aniversario en el corto término de diez y seis días, tiempo muy angustiado para que su patriotismo pudiese manifestar las grandiosas ideas que pretendía realizar. Con todo, llena del más noble entusiasmo, cree ha presentado á la república mexicana en un punto pequeño de vista, el bien que disfruta, gozará en lo sucesivo y nunca probaron los tiranos, y es el hacer felices á los hombres en todo estado y tiempo. Mexicanos, démosle las gracias más expresivas á la junta por el cabal desempeño de la confianza que la nación hizo de su celo, de su integridad y exactitud; y también porque de un modo práctico y visible á todos manifestó los bienes que la nación experimenta ya de resultas del grito memorable de *independencia* que dieron los primeros héroes de la nación mexicana; pues sosteniéndola y su libertad con el valor, como lo ejecutaron despreciando los riesgos y los peligros, y manteniendo unida su opinión sin dividirla y separarla en concepto alguno, nos proporcionaron los bienes que ya poseemos y los que nos restan adquirir, conforme consolidemos más el gobierno republicano federal que adoptamos y es el más justo y más proporcionado á los deseos de los hombres, y el que le es más conveniente. Sí, mexicanos, nunca olvidéis, ni dejéis de celebrar que, eligiendo una muer-

te cierta, dieron el mayor ardimiento á la nación, la entusiasmaron por su bien y su prosperidad; y de esta suerte muriendo le fueron más útiles que si hubieran vivido en este día los patriotas Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo y Balleza.—Dije.»

EUSEBIO BALA.

Escritor religioso.

Bachiller de la Universidad de México y presbítero. Publicó un *Devocionario* en honor de Nuestra Señora de la Bala, venerada en la iglesia del Hospital de San Lázaro, en México (Imprenta Jáuregui, 1810).

CONSULTAR: Beristáin.

JOSE VICTORIANO BAÑOS.

Orador sagrado.

Nacido en Tomiltepec, Oaxaca; fué vice-rector y catedrático de teología en el Seminario tridentino de Oaxaca, examinador sinodal del Obispado de dicha ciudad, cura y juez eclesiástico de Tzautlán y Talistaci. Publicó, según Beristáin, una *Oración fúnebre* en honor de la Reverenda Madre María Teodora de San Agustín, fundadora y abadesa del Convento de Capuchinas Indias de Oaxaca (México, imprenta de Ontiveros, 1799).

CONSULTAR: Beristáin.
